

13/2020

30 de abril de 2020

Federico Aznar Fernández-Montesinos

La década de 2020. El futuro no está escrito. Reflexiones sobre la evolución del pensamiento estratégico

La década de 2020. El futuro no está escrito. Reflexiones sobre la evolución del pensamiento estratégico

Resumen

La década 2020 estará dominada por la globalización y la expansión cultural del pensamiento anglosajón. El pensamiento y la doctrina son una necesidad de nuestras sociedades —pues al construirse y de modo natural, lleva consigo sus propias referencias— lo que no quita que se deba dejar de estar atento a los debates foráneos. Por ello, se ha de favorecer la producción propia, también y especialmente, a nivel militar. La estrategia es un arte que requiere de referencias y una sensibilidad específica que está muy relacionada con la historia y la filosofía y que debe cultivarse.

Por ello, el papel del Instituto Español de Estudios Estratégicos y del CESEDEN en la elaboración y difusión de un pensamiento español está llamado a ser capital, aunque solo sea por la multidisciplinariedad que cualquier estudio en el siglo XXI demanda. Su éxito y cada vez mayor relevancia se explican porque su trabajo es fruto de una necesidad socialmente sentida y que, como resultado de la globalización y superando clichés del pasado, resulta cada vez más evidente.

Palabras clave

Estrategia, pensamiento, historia, Fuerzas Armadas, cultura, sensibilidad, Instituto Español de Estudios Estratégicos

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Análisis** son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

The 2020s. The future is not written. Reflections on the evolution of strategic thinking

Abstract

The 2020s will be dominated by globalization and the cultural expansion of Anglo-Saxon thought. Thought is a necessity of our societies that should not only be always imported because it carries inside the own references. Anyway, attention should be paid to foreign debates. Own production must be favoured, also and especially at the military level. Strategy is an art that requires references and a specific sensitivity that is closely related to history and philosophy and must be cultivated.

The role of the Spanish Institute for Strategic Studies and CESEDEN as a whole is called to be capital in the elaboration and dissemination of Spanish thought; multidisciplinary is a key issue in 21st century study. Its success and increasing relevance, is explained because there is an important demand for this kind of work as a result of globalization and the overcoming clichés of the past.

Keywords

Strategy, thought, history, Armed Forces, culture, sensitivity, Spanish Institute for Strategic Studies.

Cultura y estrategia

Cultura proviene del término cultivo, de la experiencia de vida, acumulada y meditada que se traduce en el desarrollo de una sensibilidad y un modo de entender el entorno y los sucesos. Cada cultura tiene sus expresiones y sus respuestas de modo que, las unas y las otras, están interrelacionadas. Estamos ante una suma de ideas y signos, de asociaciones y pautas de conducta y comunicación fruto de un conjunto de complicidades y entendimientos compartidos.

Los usos culturales, en un entorno dado, ayudan a la convivencia, al entendimiento y a la adaptación, proporcionando de modo autónomo respuestas y soluciones a los problemas diarios. Pero esta experiencia también puede exportarse para otros, como reclama el *benchmarking* empresarial. Este viene a ser un estudio comparativo realizado en demanda de las mejores prácticas del mercado con vistas a su implantación. Es por ello un concepto que también debiera alcanzar al ámbito de lo militar.

Y es que la cultura militar, como cultura organizativa, define un espacio de relación mientras el pensamiento estratégico —que es fruto de su despliegue desde esta referencia— ofrece una terminología, una avalancha de ideas, elementos simbólicos y conceptos que facilitan la asimilación de la situación, su análisis, la decisión y su comunicación a nivel militar. Y, además, permite fijar una base de proyección hacia el futuro que, según se ha dicho, también puede ser útil para otros, en ámbitos distintos, como por ejemplo para las grandes corporaciones.

La existencia de una cultura así es particularmente trascendente sí se considera la complejidad que supone la gestión de la diversidad que encarnan los ejércitos. Esta, además, se adapta a la cultura de la sociedad de cada momento histórico con la que se encuentra en íntima interrelación.

La cultura militar es una cultura heroica; la cuestión es que el heroísmo es táctico y relacionado, por tanto, con el nivel de decisión más bajo en términos de altura de miras. Esta tendencia a lo inmediato se acentúa por el apego a la realidad inherente al proceder de los militares.

De este modo, el pensamiento estratégico en el ámbito de las Fuerzas Armadas es una excepción a la norma y se encuentra sometido a la presión de la cultura dominante que es la táctica y que, en nombre de la realidad, trata de imponerse en todos los casos,

reduciendo con ello sus márgenes y creatividad. Y es que, como no puede ser de otra manera, es un producto necesario de esa cultura por más que confronte con ella.

El pensamiento estratégico nos sitúa ante una formulación que se pretende intelectualmente elevada. Este, atendiendo a su naturaleza trascendente, en parte desatiende la realidad más tangible e inmediata en beneficio de un objetivo que puede no resultar del todo visible aún. Supone una práctica inteligente que determina que el resultado de la aplicación del esfuerzo no dependa tanto de este como del modo en que se aplica y se adecue a los fines pretendidos.

Se encuentra en las raíces de la expansión y éxito de los imperios antiguos. Es más, la estrategia existe desde que el hombre se organizó y dio origen a la aparición de sociedades. Usando las palabras de sir Walter Bagehot: «El principio de la civilización es militar»¹. No obstante, su definición conceptual debió de esperar hasta el siglo XVIII.

Y es que la palabra estrategia proviene del término *stratos aegon* y que, pese a sus raíces griegas, es un neologismo inventado en 1771 por el teniente coronel francés Joly de Maizeroy². Viene a significar literalmente, la conducción de Ejércitos; el arte de quien conduce los ejércitos, del general. Es siempre una visión más allá del teatro de operaciones y que se forma a partir del desarrollo intelectual de experiencias previas, pero también de la intuición y sensibilidad. Y sobre la base, cuando menos, del propio conocimiento.

El liderazgo estratégico militar se encuentra así a caballo entre dos mundos; toma su orientación de la política mientras sus decisiones se plasman directamente en el plano militar; transforma ideas en actos, principios en órdenes. Es el líder militar quien debe ubicarlo como parte de su trabajo y en el contexto de sus relaciones horizontales con otros actores con los que deberá interactuar para concertar actuaciones. La decisión no se encuentra en posesión de una única persona, pudiendo hablarse, según el caso y país, hasta de fragmentación en el espacio decisor, de policefalia³.

¹ BAGEHOT, Walter. *Physics and Politics*. Boston: Beacon Press 1956, p. 32.

² Escribió Joly de Maizeroy en su obra *Teoría de la guerra*: «La conducción de la guerra es la ciencia del general, lo que los griegos denominaban estrategia, ciencia profunda, vasta, sublime, que encierra a otras muchas, pero cuya base fundamental es la táctica... Para formar proyectos, la estrategia combina tiempo, lugar, medios, intereses diversos».

³ VV. AA. *Leadership in the Canadian Forces. Leading the Institution. Op cit.*

El nivel de decisión más bajo es el táctico. Su denominación proviene de un sentido próximo y básico: el tacto; de ahí la palabra «contacto». Estamos ante la cruda y tangible realidad. El nivel estratégico está ligado al plano, a la vista, al diseño, al mapa; la estrategia son fuerzas que se mueven en el tiempo y en un plano. El nivel operativo se sitúa entre ellos; en él interactúan vista y tacto. En la cúspide está lo político, relacionado con la palabra y el oído; un nivel interactivo, de diálogo, transacción e intercambio.

La diferencia entre conceptos y que se encuentra no solo en la referencia, sino en el ámbito de aplicación, fue expresada por Mao utilizando el lenguaje preñado de paradojas característico del pensamiento chino: «Nuestra estrategia es luchar uno contra diez; nuestra táctica es luchar diez contra uno». Como puede verse, táctica y estrategia se refieren a ámbitos distintos. Por eso deben encontrarse conciliadas, sin que convenga descuidar ni lo uno ni lo otro por más que, a la postre y contra lo que a primera vista parece, prime el segundo término. En expresión de Sun Tsu: «Estrategia sin táctica es el más lento camino a la victoria. La táctica sin estrategia es el ruido antes de la derrota»⁴.

Es más, existe —o debe existir— un encadenamiento entre los distintos niveles de decisión que produce su alineamiento. Los medios se encuentran en el propio nivel, mientras los objetivos están en el nivel superior. Es la concatenación estratégica. Así, la política define los fines que debe alcanzar la estrategia cuya función es definir a su vez los medios militares para alcanzarlos, esto es, fija los objetivos estratégicos. El nivel operativo toma estos medios estratégicos como sus fines y define los objetivos operacionales para alcanzarlos. Estos objetivos operacionales son los fines que debe alcanzar la táctica que para ello define sus propios objetivos tácticos que son los medios para su logro. Todo ello da coherencia al conjunto del sistema. De este modo, la estrategia aporta el elemento de racionalidad al insertar la guerra en lo político y contribuye a darle sentido. El drama de la guerra es precisamente ese: que tiene sentido, un sentido político que no militar.

La especialización y rigor que encarna la táctica supone una mirada técnica a los problemas; de común, resulta enriquecedora. No obstante, a la postre y como peaje, favorece una suerte de reflexividad especular, esto es, la autorreproducción del paradigma actual y, por tanto, en cierto sentido, el *statu quo*. El arte que encarna la

⁴ SUN TSU. *El arte de la guerra*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva 2000, p. 38.

estrategia, por el contrario, bien llevada es —o puede ser— un martillo que permite su superación.

Su capacidad elucubradora sirve para horadar los muros construidos por el pensamiento dominante que configuran tanto la propia experiencia como el marco vigente. De este modo, se habilita el abrir una ventana por la que contemplar una nueva dimensión del espacio y atisbar hacia dónde se desplaza este realmente. Es premonitorio. Su papel, recordando a Chejov, es fundamentalmente hacer preguntas y no tanto responder lo que puede quedar consignado a la táctica.

En cualquier caso, está indisolublemente unida a una visión de largo espectro, metodológicamente planteada y prolongada en el tiempo. Es un término integral que significa simultáneamente claridad de objetivos, forma de lograrlos y uso racional de los instrumentos. Viene pues a significar la proyección y el desarrollo del pensamiento en el tiempo y el espacio y a la escala necesaria. La estrategia sirve, o pretende servir, para encuadrar los conflictos al dotarles del marco que posibilite una favorable resolución para el que la formula.

Como puede verse, es un concepto que conjuga distintas dimensiones y ámbitos tales como la escala, el horizonte temporal, los factores y las fases. También puede establecerse en términos de formulación, implementación y control⁵. Es así y simultáneamente un nivel de decisión, una relación entre fines y medios y un plan a largo plazo para la preservación y mejora de la institución. Trata, de este modo, de obtener una ventaja competitiva, intentando anticipar, preparar el futuro y estar alistado⁶.

La estrategia en el mundo militar incorpora además una doble acepción. Por un lado, conducción de fuerzas y, por otro, la elaboración de planes, una dualidad, una polisemia, que se encuentra interconectada. En palabras del general José Almirante: «El arte militar, está encargado de crear, mantener y aumentar la milicia, basándose en previsiones fundadas en el Estado, Gobierno, Administración y presupuesto; y el arte de la guerra, que concierne al mando y gobierno o dirección de las operaciones».

La estrategia, pese a su aparente y apolínea simplicidad, encarna una lógica compleja. Es una herramienta que fija un rumbo en el contexto de una realidad desplegada como

⁵ MC KAY, J. R. *The Scylla and Charybdis of strategic leadership*. Canadian Defence Academy Press, 33.

⁶ *Ibidem*.

una carta de navegación. Es un término integral que significa, a un tiempo, claridad de objetivos, forma de lograrlos y uso racional de los instrumentos. Es la proyección y el desarrollo del pensamiento en el tiempo y el espacio.

Para alcanzar tal fin es preciso identificar las esquinas del puzle, discernir entre el maremágnum de datos lo que resulta importante; separar lo correcto de lo falso, tratando de conectar las respuestas a los diferentes retos para promover la coherencia, alinear intereses, eliminando en lo posible las incertidumbres y datos espurios.

Y es que con los problemas pasa lo que decía Maquiavelo respecto de la tisis «que en los comienzos es fácil de curar y difícil de conocer, pero que más tarde si no se la detectó al principio ni le aplicaron remedio alguno, es fácil de conocer y difícil de curar»⁷. Hay que saber detectar esos indicios. El futuro, como dijera Heráclito respecto del Oráculo de Delfos: «Ni dice del todo ni oculta su sentido, sino que se expresa a través de indicios»⁸. Se precisa de una especial sensibilidad.

La sensibilidad es la facultad de sentir que, ligada a la excelencia, adquiere un valor supremo y trascendente en el arte que encarna la estrategia en la medida en que permite discernir entre una miríada de datos aquello que de verdad es importante, permitiendo que se le otorgue un correcto tratamiento. Es un arte, un auténtico «don», para el que no existen fórmulas. La sensibilidad puede llegar a reconocer aquellos elementos portadores de futuro, las «esquinas del puzle», los elementos de mutación y las claves para el despliegue del escenario en el tiempo, así como las variables sobre las que hay que actuar para alcanzar el resultado pretendido. Es, en esencia, el don del discernimiento.

El pensamiento estratégico pasa de esta manera por identificar los aspectos críticos que deben ser considerados y los caminos necesarios para moverse en dirección al futuro pretendido, es decir, se encuentra centrado en rellenar el espacio vacío existente entre la situación actual y el futuro ambicionado. El problema que se plantea al estratega es definir el alcance de la situación y la dirección que debe seguirse para su resolución⁹.

⁷ MAQUIAVELO. *El Príncipe*. Editorial Millinium, p. 20.

⁸ HERÁCLITO. Fragmento noventa y tres.

⁹ PUCCIO, Gerard J.; MURDOCK, Mary C.; MANCE, Marie. *Creative Leadership*. Sage Publications, Inc., California, p. 55.

Pero es también un término que se puede asociar a otros y añadir con ello un específico valor a su significado. Sus principios y metodología, modificando su punto focal, pueden trasladarse del mundo militar al político e incluso al geopolítico creando términos como estrategia política o geoestrategia. La estrategia política, siguiendo la lógica descrita, es la política desplegada y amalgamada a la estrategia. Esto es, supone su desarrollo y puesta en escena, atendiendo a un cierto calendario y que también puede ser útil, por tanto, desagregada de su nivel y como metodología, desde un punto de vista estratégico. De este modo, quedan también ligadas con la visión, con la pintura.

Sin embargo, la sobre utilización y traslado al vocabulario civil del término estrategia ha provocado su vulgarización y banalización, convirtiéndola en un término más o menos ampulosos y vacío con el que se viene a expresar rigor, seriedad o la necesidad de un estudio concienzudo. Así se suele utilizar indistintamente la palabra estrategia o táctica (la estrategia del partido, la táctica del partido) en aspectos como el fútbol o en la actividad empresarial privando al término de las potencialidades e implicaciones que lleva consigo, algo sin un especial valor.

El desarrollo del pensamiento estratégico

La ciencia ha desarrollado numerosas técnicas que, partiendo de datos de sucesos pasados, y a través de un desarrollo matemático, elaboran las tendencias, proporcionan luz sobre el futuro. El problema aparece cuando esos modelos no pueden ser aplicados, porque no se disponga de datos que extrapolar o porque la velocidad del cambio lo impida.

Así, cuando aparecen la incertidumbre y la imprecisión, los métodos basados en tendencias son válidos para un entorno reducido porque el futuro no es solo evolución. Las tendencias sufren quiebras aleatorias difícilmente pronosticables, mutaciones y cambios de paradigma. En esta lógica, el futuro puede considerarse como una suma de tendencias y mutaciones. Un hecho crítico queda referido pues al descubrimiento de las mutaciones en tanto que elementos portadores de futuro. Requeriría este de un procedimiento de vigilancia estratégica de la mayor trascendencia. Captar las mutaciones resulta una necesidad de la máxima relevancia. Las mutaciones, como veremos, acompañan al cambio de paradigma. Al hombre se le comprende mejor que se le explica, y ello en atención a los elementos irracionales de que es portador.

La historia es un conjunto de hechos que parecen precisar ser ordenados para hacerlos comprensibles. La elección de escogidas visiones del pasado se presenta como pruebas irrefutables de unas ciertas dinámicas de la historia que se extrapolan y permite determinar el futuro. Es más, en no pocas ocasiones, tal cosa se hace con una notable falta de objetividad. Esto es, en función de aquello que se quiere demostrar, instrumentándola y convirtiéndola en una poderosa herramienta al servicio de una causa.

Dicho lo cual y como apuntaba Ralph D. Stacy: «La mejor manera de prepararse para actuar no es intentar adivinar lo que está adelante y mirar hacia atrás, sino percibir la dinámica que nos trajo hasta aquí y aprender con ella». Es por ello por lo que se hace preciso entender el pasado para poder comprender el futuro.

La estrategia precisamente tiene como base la experiencia vivida, la historia. Conocer la historia es, como poco, tener un prontuario, una primera referencia de opciones y resultados. Y hay que hacerlo desde el principio, porque en el principio precisamente se haya, en su desnudez, la raíz de todo.

La aparición de excedentes de producción permitió la creación de ejércitos profesionales y funcionarios, dando paso a todo lo que sería después el aparataje del poder. Los grandes imperios hídricos del mundo antiguo (China, Grecia, Mesopotamia, etc.) se sirvieron de la escritura para gestionar la complejidad y mantener la memoria.

Estamos ante un tipo de razonamiento prolongado y que es fruto de la concatenación de ideas en cuyas conclusiones se encuentra el objetivo inicialmente pretendido. La estrategia se encuentra íntimamente ligada a la palabra, al razonamiento y a su plasmación mediante la escritura; esta no solo los perfecciona, sino que es la que los hace posible. El mundo griego supo captar tales esencias al situar su patronazgo en Atenea: diosa de la inteligencia, de la palabra y de la guerra inteligente.

La base del progreso se encuentra también en otro excedente, en el tiempo libre en la medida en que este sirve y posibilita la reflexión. Se trata del concepto griego —precisa y nuevamente, y no por casualidad, el pueblo adalid de la estrategia en Occidente— de *skholè*¹⁰ un término que hace alusión a un ocio contemplativo, a ocupación reposada. Eso supone la absoluta libertad y una curiosidad ociosa que guía la búsqueda del

¹⁰ En este sentido, el general Colin Powell recomendaba: «Disfrute de lo que hace. No se mantenga a un paso que lo desgaste. Tómese sus vacaciones cuando le correspondan: disfrute de su familia».

conocimiento sin un fin preciso¹¹. Griega es también, no lo olvidemos, la primera intelectualidad de Occidente, a la que queda ineludiblemente ligada la estrategia.

La reflexión parece así, en perspectiva táctica, una injustificable pérdida de tiempo rayana en la falta de ética. En un mundo como el de hoy, tan práctico, tan utilitarista, no termina de entenderse bien. Hay un desequilibrio entre lo útil y lo inútil que amenaza nuestro progreso y nuestra felicidad a un mismo tiempo.

Recordando las palabras del ajedrecista Savielly Tartakower: «Táctica es saber qué hacer cuando hay algo que hacer. Estrategia es saber qué hacer cuando no hay nada que hacer». Tal y como apunta Jean Paul Sartre: «Solo el hombre que no rema tiene tiempo para mover el bote».

La manzana de Newton, el átomo de Demócrito o la teoría de la relatividad, por ejemplo, solo pudieron surgir en estas condiciones, como fruto de la displicencia y desinterés de los dioses, asociada eso sí, a la genialidad y al ocio. Lo que es aparentemente inútil, una pérdida de tiempo se nos puede mostrar con todo, esencial¹². El estar permanentemente ocupado es lo último que debe hacer un líder militar que realmente quiera serlo en la práctica pues adolece de capacidad para confeccionar su propia agenda, que es lo realmente importante.

Poder político y militar en el mundo antiguo recaían en una única institución. Solo el genio de la antigua Atenas y de la vieja Roma supieron crear, respectivamente, las condiciones filosóficas y jurídicas precisas para que el poder político y el poder militar se diferenciaron¹³.

En el seno de estas sociedades aparecerán historiadores y militares que reflexionarán sobre los grandes términos de guerras y batallas dando una sistematización a su pensamiento desde distintos niveles y perspectivas. Ahí ha quedado el trabajo de autores como Tucídides (*Historia de la guerra del Peloponeso*), Jenofonte (con su *Anabasis*), Polibio (con sus *Historias*), Flavio Vegecio Renato (*De re militari*), César (con su *De*

¹¹ No viene mal llegados a este punto recordar los trabajos del franco español Paul Lafarge, suegro de Karl Marx, titulado *El derecho a la pereza* en el que preconizaba la reducción de la jornada laboral como solución a los problemas de sobreproducción como así fue después; o el más hedonista *El elogio a la pereza* de lord Bertrand Russell.

¹² BOTÍN SAEZ DE SAUTUOLA, Jaime en «Elogio de lo inútil». En VV. AA. *Apología de lo inútil*. Editorial Avarigani 2011.

¹³ CARRO MARTÍNEZ, Antonio. *El Estado y las Fuerzas Armadas*. Colección informe. Disponible en <http://www.mpr.gob.es/servicios/publicaciones/vol01/>.

Bellum Gaelico), Sexto Julio Frontino (con su *Stratagemata*), pero también el pensamiento y las aproximaciones históricas de Salustio, Flavio Josefo, Tito Livio (tan querido por Maquiavelo), Tácito, Suetonio y un largo etcétera de personas que reflexionaron sobre los hechos yendo más allá de ellos y extrayendo conclusiones para el futuro. Parte de obras se perderán, pero la producción resulta de una gran riqueza intelectual. Su temática alcanza desde el arte militar (con distintas innovaciones organizativas y de despliegue en batalla) hasta los primeros pasos de la geopolítica en su ambición intelectual por tratar de comprenderlo todo.

Ejércitos como el romano obedecerán a economías de escala, de una manera u otra, por épocas, ligado a la ciudadanía. Derrotaron a sus enemigos, no tanto con las armas — adaptaron la falcatra de los iberos a los que derrotaron— o con las tácticas, como con la disciplina y la ingeniería. La red viaria, junto con los puertos de Brindisi (en el extremo de levante de la bota itálica para Oriente) y Hostia (para Occidente) asociada a la capacidad de movilización de sus ejércitos explican su dominio geopolítico sobre todo el Mediterráneo: la capacidad de proyección de la que disponían sus tropas no tenía rival.

Derrotaron a una civilización culturalmente superior como la griega y fueron a su vez derrotados por la caballería pesada goda¹⁴. La superioridad militar logró imponerse a la cultural, como sucedería también con los mongoles de Gengis Khan en China. El precio de la inferioridad cultural sería, eso sí, la asimilación de los vencedores por los vencidos.

Los bárbaros se integraron en la cultura que habían derrotado haciéndose sedentarios y comenzando a trabajar la tierra. Su ejército se articulaba en mesnadas, esto es, en grupos heterogéneos e irregulares de guerreros tácticamente superiores a los romanos; sus victorias unidas a la degradación de los cimientos ideológicos y culturales del Imperio propiciaron que los romanos dejasen de creer en sí mismos y colapsaran. La tratadística militar continuó consignada en obras como los llamados espejos de príncipes.

Es también un tiempo de realismo por más que se tenga al idealismo religioso como norte. La política entre los siglos XIII y XV se fue liberando de su sujeción teológica y convirtiéndose en *ars regendi* o *gubernandi*, a mitad de camino entre ciencia y virtud, entre sabiduría y prudencia, para acabar tecnificándose en los siglos XVI y XVII y

¹⁴ FRAGA IRIBARNE, Manuel. *Guerra y conflicto social*. Madrid: Gráficas Uguina 1962, p. 48.

convertirse en las reglas sobre el modo de manejar y manipular las cosas para adquirir, aumentar y conservar su poder y su Estado.

El Renacimiento incorpora el desarrollo del aparato del Estado y su propia definición sobre la base de un conjunto de instituciones. Este se sustentará sobre la creación de Ejércitos permanentes profesionales dependientes de la Corona que motivarían el desarrollo de las instituciones. Y es que la idea del Estado como ente soberano tardó mucho tiempo en configurarse, pero tiene sus orígenes en este momento. La difusión de las armas de fuego y la necesidad de un menor adiestramiento acercó el pueblo a los ejércitos y reforzó el creciente papel del rey en detrimento de la aristocracia¹⁵.

La aportación de Maquiavelo a la problemática de la guerra —no solo con *El Príncipe*, sino que también cuenta con obras específicas como *El arte de la guerra* además de ordenanzas y documentos administrativos— es de primer nivel. Se adelantó a Clausewitz al incidir en la naturaleza inherentemente política de la guerra, describiendo algunos de los paradigmas más relevantes que aún hoy dominan las ciencias militares. También fue un antecesor de Max Weber solicitando para el Estado —del que es, junto con Bodino, ideólogo— el monopolio de la violencia legítima.

Y es que Maquiavelo es un precursor también en lo que se refiere al pensamiento militar. La paulatina generalización de las armas de fuego transformará con su perfeccionamiento los modos de hacer la guerra. Un tiempo necesitado de reglas y metodología a cuya formulación y primeros pasos contribuye. No obstante, su culto al mundo romano —el Gobierno de Roma sobre un vasto territorio que pone en paralelo con Florencia, una ciudad y su patria— y su propuesta de un sistema de milicias que supliera a los mercenarios no se adecuaba aún a los modelos y cultura de la época resultando excesivamente prematuro.

Las tácticas de combate que propugnaba difícilmente tendrían una concreción práctica. Su modelo militar se haya en las raíces del desastre de Prato, una victoria española que propició su caída personal y aún la de toda la República de Florencia por el ya citado error de diseño militar.

El ser derrotado por la infantería explica su pobre valoración de la artillería y aun de las armas de fuego. Su potencial todavía no se encontraba suficientemente desarrollado; no

¹⁵ ENGELS, Federico. *Temas militares*. San Sebastián: Equipo Editorial S. A. 1968, p. 19.

atisbó, pese a su perspicacia, a ver en toda su dimensión por más que lo intuyera, las dimensiones del cambio de modelo estratégico que se estaba produciendo. Su obra en el plano militar, con todo, resulta precursora y del máximo interés, ejerciendo particularmente su *Arte de la guerra* una importante influencia durante 100 años.

Lenin decía que había que evitar que los escritores alcanzasen el poder y Maquiavelo resultó ser mejor escritor e ideólogo que político práctico y estratega. Esos son los hechos.

En fin, con el Renacimiento, cambiaron las dimensiones físicas de la guerra, el tamaño de los ejércitos y la escala de las operaciones aumentó, así como aumentó la potencia de fuego y se desarrollaron con ello nuevas técnicas de fortificación. El crecimiento de los ejércitos y de la duración de las campañas provocó un incremento de la fiscalidad y la elaboración de políticas de guerra¹⁶. La conciencia del cambio se reflejará en la tratadística militar que crecerá a lo largo de los siglos XVI y XVII para responder a este reto.

El drama de la monarquía española, que ocurre en esta época, es también el drama de la modernidad: el choque del antiguo orden medieval con el mundo moderno. La alianza entre el Imperio y la Iglesia es sustituida en clave geopolítica por otra entre la monarquía hispánica y el papado que proporciona legitimidad a la política de los Austrias.

España optó por lo más difícil, aunque también por lo más glorioso y sacrificado, una suerte de reedición del Pacto del Sinaí entre dios y su nuevo pueblo elegido. Con todo, no se sabía cómo apuntalar Europa, esto es, a que objetivo político debía servir su lucha. El resultado de este ejercicio es una propuesta para el mundo que los españoles hacen suya, sin ambages ni reserva alguna. Y fue España en su proyección imperial, en su diseño político-expansivo, la monarquía más íntimamente afectada en Europa por estas grandes cuestiones al cargar con el peso de tal diseño estratégico.

El meollo de la cuestión se sitúa en conjugar los imperativos de la ley divina y la presencia de la religión en la esfera política con las necesidades prácticas de los gobernantes de disponer de estructuras políticas nuevas para asentar su autoridad y emanciparse de la tutela e influencia tradicional de otros poderes concurrentes. El tacitismo se convierte, en

¹⁶ VV. AA. *Causas de los Conflictos*. X Curso de Estado Mayor. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia, septiembre 2008.

el ámbito español, en el modelo a seguir para refutar al tiempo que incorporar el pragmatismo implícito a las ideas de un Maquiavelo del que resulta forzoso abominar.

Su derrota se formaliza en 1648 con la paz de Westfalia —en la que se resuelve una doble lucha simultánea: intelectual y por la hegemonía europea— con la que se consuma definitivamente la fractura de Europa. Con ello se pone fin a la utopía española de la catolicidad universal.

Al siglo XVIII le corresponde el desarrollo embrionario y conceptual de las teorías que iban a dar luz al liberalismo político (Locke, Montesquieu, Adam Smith, entre otros) y que se corresponden con el ascenso de una nueva clase social: la burguesía. La falta de acomodo del régimen vigente desembocará en un periodo revolucionario.

Los sistemas políticos de entonces eran similares: monarquías que competían en un juego de equilibrios no por la supremacía, ni por imponerse sobre las demás, sino por decantar a su favor la baza en juego. Por ello, la guerra ofensiva pasó a ser un instrumento menos útil. Por otra parte, el arte militar estaba estancado y no ofrecía una ventaja, una asimetría suficiente para imponerse al resto sin agotarse. La guerra era limitada, así como consecuencia de los objetivos que perseguía, del pensamiento ilustrado, del orden europeo, pero también, del estancamiento del arte militar¹⁷.

Una de las mayores contradicciones del Siglo de las Luces fue el frecuente recurso a las armas, que consecuentemente abrió una tendencia, sobre todo en el norte y centro de Europa, a militarizar la sociedad. Los ejércitos tendieron a aumentar, extendiendo el deseo de armonizar las necesidades de la vida civil con la organización de las Fuerzas Armadas. Prusia fue el Estado en que más arraigaron las ideas enciclopedistas, en él se creó una sociedad militar que todos los Estados europeos imitaron de una u otra forma.

Fruto de la racionalización del espíritu enciclopedista, se introdujeron conceptos como la modernización, el mantenimiento de una fuerza permanente y el beneficiar a la industria local, aplicándose los Estados en vestir, armar y equipar a los soldados y también asegurándose una forma de pagarlos regularmente. Como señala Michael Roberts: «El soldado pasó a ser el hombre del rey porque llevaba la chaqueta del rey»¹⁸. Dentro de este ánimo renovador y enciclopedista surgieron varios reglamentos y ordenanzas que,

¹⁷ GONZÁLEZ MARTÍN, A. *et al.* *Evolución del pensamiento estratégico*. X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia, 2008.

¹⁸ KALDOR, M. *Las nuevas guerras*. Barcelona: Editorial Tusquets, 2001, p. 33.

en algunos casos y por su nivel intelectual, han permanecido vigentes hasta fechas recientes¹⁹.

Mientras tanto, se producen avances tanto en la tecnología armamentística como en la forma de conducir la guerra. Los ejércitos combaten en orden cerrado y con una disciplina férrea que tiene el propósito de conseguir una mayor eficacia de fuego. La geometría se lleva a la guerra de la mano de Federico II de Prusia y de Vauban, el uno con su orden oblicuo, el otro con sus fortificaciones²⁰. También cambió el sistema de reclutamiento. La derrota en Prato de la República de Florencia no impidió que Rousseau en *La nueva Eloísa* y en diversos escritos²¹ retomase la idea del florentino insistiendo en que todos los ciudadanos debían ser soldados no por profesión, sino por deber²². Ciudadano y soldado volverían a ser como en el mundo antiguo categorías intercambiables.

Este es el sentido de la Ley de 23 de agosto de 1793 con la que se implementó lo que se conoce como la reforma de Carnot: «Los jóvenes pelearán; los hombres casados forjarán las armas y transportarán abastos; las mujeres harán tiendas y vestidos y servirán en los hospitales; los niños convertirán telas viejas en hilos; los ancianos se harán transportar a la plaza pública y encenderán el valor de los combatientes, predicarán el odio contra los reyes y la unidad de la república».

De esta época merece destacarse la figura del conde Jacques de Guibert, un precursor intelectual de los grandes cambios militares que habría de traer la Revolución y que culminarían con Napoleón. Llevará la guerra al ámbito de la teoría en el más puro estilo ilustrado.

Del lado español merecen reseñarse las *Reflexiones Militares* del tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado, publicadas en 1724 en los albores de la Ilustración, es una gran contribución, aunque no suficientemente conocida. En la obra se explora la guerra desde el punto de vista filosófico con cuestiones morales, ofensivas y defensivas, logística, casos prácticos, etc. De un modo profundamente innovador.

¹⁹ VV. AA. *Causas de los Conflictos*. Op. cit.

²⁰ GONZÁLEZ MARTÍN, A. et al. *Evolución del pensamiento estratégico*. Op. cit.

²⁰ Ibídem.

²¹ ROUSSEAU, J. J. *Escritos sobre la paz y la guerra*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1982, p. 66.

²² FRIEDERICH, C. F. *El hombre y el gobierno*. Madrid: Editorial Tecnos 1968, p. 452.

Napoleón, un hombre entre dos épocas, fue un genio militar. No hizo grandes aportaciones teóricas, sino que explotó magistralmente las ideas que otros habían tenido antes que él sobre la base de la libertad de acción y la iniciativa. No aporta elementos nuevos, sino que aplica magistralmente las teorías más avanzadas de su época. Sus victorias le convirtieron en una especie de dios de la guerra, un modelo de referencia²³.

Sin embargo, no resolvió el problema que se arrastraba desde la Revolución y estaba referido a la implantación del nuevo Régimen. En consecuencia, fue incapaz de relacionar los éxitos tácticos con el conjunto de la guerra y esta con su contexto económico, político y geopolítico²⁴. A *sensu* contrario y en palabras de Clausewitz «podemos decir, por tanto, que los veinte años de victorias que señala la Revolución, se deben, principalmente, a la errónea política de los gobiernos que se oponían a ella»²⁵.

Dos autores, Jomini y Clausewitz, serán los intérpretes de Napoleón copando con su trabajo todo el siglo. El primero centrado en la práctica de las operaciones y su despliegue en el mapa, dominó la primera mitad del siglo XIX. Mientras que el segundo lo hará a partir de la guerra franco-prusiana, cuando mucho después de su muerte su pensamiento es puesto en valor. En su obra reflexiona sobre la naturaleza política de la guerra. A partir de ahí, la doctrina se hizo alemana con pensadores y prácticos como Moltke o Ludendorff.

Al mismo tiempo, y coincidiendo con la ampliación de los objetivos de la política —que trajo la inclusión del pueblo en la guerra— y la ampliación de los límites del campo de batalla derivada de la Revolución Industrial y de los transportes, apareció el término geopolítica. El Congreso de Berlín y el colonialismo convirtieron al mundo en un nuevo tablero para el conflicto y, por ello, particularmente necesitado de doctrina y reglas. La guerra marchaba hacia lo total e implicaba al mundo entero, sobre todo a partir del Congreso de Berlín en 1885.

La palabra geopolítica surgió entonces de la mano del sueco Rudolf Kjellen para convertirse al poco en la ciencia que no solo ilumina las relaciones internacionales, sino que las determina, en tanto que se convierte en una suerte de conciencia del Estado. Sí, recordando a Heráclito, el destino de un hombre es su carácter, el de una nación, según

²³ GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés *et al.* *Evolución del pensamiento estratégico. Op cit.*

²⁴ VV. AA. *Napoleón y sus intérpretes: Jomini y Clausewitz*. Documento de Trabajo del Departamento de Estrategia, ESFAS 2010.

²⁵ CLAUSEWITZ, Carl Von. *De la guerra T II*. Ministerio de Defensa, 1989.

Napoleón, se haya escrito en su geografía. Estamos ante la ciencia del mapa y el poder y, por tanto, con muchos paralelismos con la estrategia. El problema es que los mapas solo son representaciones de la realidad, simplificaciones y no esta misma. La simplificación es peligrosa, hace evidente lo que no lo es. De este modo también y en nombre de lo comprensible e intuitivo, se permite despreciar cuestiones importantes y por ello sus errores se hacen de bulto.

Le siguieron pensadores como Herder, Ratzel, Haushofer o Spengler que desarrollaron estos conceptos e influyeron en la vida política de sus naciones, especialmente, en el nazismo con el que la geopolítica quedó inexorablemente ligada. Como resultado del carácter pretendidamente científico de sus propuestas, las decisiones políticas dejaron de ser opciones estratégicas para presentarse como imperativos irrefutables, exigencias, puros determinismos. El empleo del lenguaje militar hacía de las opciones geopolíticas elementos de conflicto.

Así, Kjellen acepta las tesis darvinistas y considera al Estado un organismo vivo sometido a todos los avatares biológicos. Esta dinámica de afianzamiento y expansión es, a su juicio, la base de la geopolítica. Construcciones como la del concepto de *lebensraum*, elaborado por Ratzel, desarrollo geopolítico con el que se señala el espacio vital necesario para el desarrollo de un pueblo y que posteriormente Haushofer aplicará a la Alemania de después de Versalles. El fracaso de Alemania será por ello el de la geopolítica y su condena. Esta se convirtió a partir de entonces en algo maldito, en una suerte de alquimia fabuladora y mendaz propia del nazismo.

Entre tanto, el pensamiento estratégico a partir de finales del siglo XIX fue tomando tintes cada vez más anglosajones que pasaron a controlar la doctrina militar primero (no tenían una tradición previa en este sentido, como los franceses. Su máximo representante B. H. Lidell Hart) y el pensamiento geopolítico después, con el precedente de Mahan.

En este contexto, y en la segunda mitad del siglo XX, la aparición de las armas nucleares en tanto que totales, hizo subir el nivel de las decisiones estratégicas al ámbito de lo político, hecho que se acentuaría con la conocida como Revolución de los Asuntos Militares (RAM).

Como resultado, a través de complejas redes de mando, control y comunicaciones, los jefes de Estado pueden volver a situarse a la cabeza de sus Ejércitos —como en España hiciera por última vez Carlos V en la batalla de Mülberg, momento inmortalizado en el

célebre cuadro de Tiziano— el carácter cíclico y recurrente de la historia parece haberse completado de nuevo al devolver la guerra del siglo XXI a las formas propias del siglo XVI. Al mismo tiempo también ha vuelto la geopolítica de la mano de grandes autores norteamericanos (desde Kissinger hasta Kaplan) que la han dinamizado y, con ello, sus propias ideas, conceptos y propuestas políticas. No en vano son una potencia global. Parecía que solo los anglosajones (y algún francés, pero en mucha menor escala) hacían geopolítica y solo sus dictados, una vez más, tenían validez científica. Las guerras de Irak y Afganistán o la crisis con Irán fueron presentadas, en algún momento, al igual que antaño, como nuevos dictados geopolíticos al tiempo que los oleoductos suplían el papel con que antaño contaba el ferrocarril en este contexto. Descifrar la complejidad de la que es portadora la globalización, ha traído de vuelta a la denostada geopolítica.

Ha de reseñarse igualmente que, en el siglo XXI, los ejemplos personalistas han sido desbordados por modelos mucho más complejos y elaborados en los que intervienen grupos humanos (directivas, estrategias nacionales) que son fruto de la acción combinada de militares, diplomáticos, académicos²⁶ como demanda el mundo de interrelaciones que se va construyendo con el desarrollo dialéctico de la globalización.

Estrategia y sensibilidad. El futuro no está escrito

El arte y la estrategia se encuentran entrelazados, como hemos visto; tienen componentes que se superponen. Ambos manejan una cantidad tal de datos y factores que hacen que la intuición tenga un lugar notable en su desempeño. El arte explica lo que no se ve, superando la naturaleza especular de la propia experiencia; muestra premonitoriamente hacia dónde se dirigen las sociedades al igual que, en otros ámbitos y mecánica, hace la estrategia.

Hablar de estrategia es así hablar de arte y de futuro. Hablar del futuro de la estrategia es hacerlo dos veces de aquel. Para determinar este debemos buscar, como hemos visto, entre suma de tendencias y mutaciones. A corto plazo, las respuestas nos las ofrecen las tendencias; en el largo plazo, según se ha visto, las mutaciones y los cambios de paradigma derivados de aquellas. En cualquier caso, y recordando a Peter Drucker:

²⁶ GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés, y AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS. «Mahan y la geopolítica. Geopolítica(s)». *Revista de estudios sobre espacio y poder*. Vol. 4. N.º 2. Pp. 335-351. Disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/viewFile/46355/43575>.

«La planificación a largo plazo no es pensar en las decisiones futuras, sino en el futuro de las decisiones presentes».

La estrategia implica una interconexión y una experiencia de anticipación. Por ello, y como señala el general Beaufre: «Uno de los elementos esenciales de la estrategia militar ha sido comprender más de prisa que el adversario las transformaciones de la guerra». En esa sensibilidad especial que aporta ventaja anida precisamente su éxito.

Y es que lo que ha caracterizado a los grandes estrategas ha sido comprender la realidad mucho más deprisa que el contrario. Han sabido captar las grandes mutaciones experimentadas por las sociedades erigiéndose por ello en intérpretes del momento. Su mérito radicaba en disponer de un agudo sentido de la intuición que los ha convertido en catalizadores de unos acontecimientos, por lo demás, muchas veces inevitables. Disponían de ventaja; y si no, la buscaban para desequilibrar definitivamente el sistema.

Por ejemplo, Asdrúbal enseñó griego a su hijo Aníbal para que leyese en su lengua vernácula a los autores helenos y tuviese ventajas sobre sus oponentes. Y es que el pensamiento y la historia suplen a la experiencia y presentan opciones, caminos y referencias útiles, auxiliando a la reflexión y confiriendo ventaja. En palabras de Isaac Newton: «He podido ver tan lejos porque me he podido subir sobre los hombros de gigantes».

Como se ha visto, en Occidente la estrategia fue primero griega, después se hizo romana, en el siglo XVIII francesa, tras ello alemana y, finalmente, después del apostolado de Mahan y ya transformada en geopolítica y geoestratégica, anglosajona. Los países que marcaron el pensamiento en cada momento también ejercieron, y no por casualidad, de líderes en el terreno de la praxis política y estratégica. Son estos términos que se conjugan simultáneamente.

Con ellas establecieron el marco ideológico de unos debates que, de partida y solo por obrar así, tenían ganados. Y de unas ideas y razones que resultaban concurrentes con sus intereses al tiempo que servían para la justificación moral y hasta jurídica de un proceder que, en cualquier caso, quedaba legitimado. Ya Lao Tse apuntaba en el *Tao Te King* que el sabio «situándose detrás, se coloca delante» (LI). El poder, y más en el siglo XXI, significa capacidad de influir y está en relación con la referencia correcta.

Y es que, tal y como señala Buyng Chul Han: «El sentimiento precede al pensamiento», de modo que cualquier decisión racional pasa necesariamente por el tamiz emocional-cultural, con todo lo que de imprimación de referencias lleva consigo tal proceder. Incluso el conocimiento está emocionalmente sesgado.

Por ejemplo, muchos de los *rankings* de calidad de enseñanza e investigación aceptados internacionalmente están hecho según sus estándares, lo que, como decíamos, no es completamente ajeno a los resultados obtenidos en ellos. Algo tan inocente como la fiesta de Halloween —por más que se haya popularizado— no termina de encajar en la cosmovisión cultural católica; su permanencia tiene por ello efectos transformadores a largo plazo.

Igualmente, el pensamiento estratégico lleva incluido, aunque sea implícitamente, el sentido de lo importante, la cultura, los modos y las referencias de quien lo elabora. Por eso no es una tarea que convenga abandonar o dejar completamente en manos de terceros. El pensamiento propio es, junto con la agricultura, una necesidad estratégica. Una nación mínimamente avanzada debe ser productora de su propio pensamiento estratégico y no solo consumidora de lo que otros producen y a granel. Y más una nación con una historia y una cultura como la nuestra.

Hoy en día el pensamiento dominante es, en términos estratégicos y también doctrinales, de origen anglosajón y, por tanto y lógicamente, hecho a su medida y referencias. Es previsible que a corto plazo siga siéndolo, no solo por controlar el terreno de las ideas y fijar los marcos del debate, que también, sino sobre todo por el gran aparataje de que disponen para su distribución y al que resulta muy difícil acceder exitosamente.

La segunda cuestión es que, como sostiene Hew Strachan, consiste en que «el soldado profesional no se siente preocupado por la estrategia»²⁷. Así, parece que los militares de todo el mundo —con notables excepciones— han dejado de interesarse por pensar la problemática militar en grandes términos, más allá de consideraciones históricas u operativas, y especialmente a nivel filosófico o político-estratégico, siguiendo una tradición que se remonta desde antiguo y se prolonga al menos hasta 1945. La propia Estrategia de Seguridad norteamericana promulgada en 2015 identifica la relevancia de esta carencia.

²⁷ STRACHAN, Hew. *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*. Editorial Ejército 1985.

Y es que como decíamos la cultura predominante en las Fuerzas Armadas es una cultura de lo táctico, lo tangible que ejercen una presión implícita sobre el pensamiento estratégico, al que no termina de comprender y dar sentido. Por eso, y en nombre de la practicidad y el presente, trata de circunscribirlo a su concreta realidad y límites.

Consecuentemente, se debe promover el pensamiento estratégico tanto a nivel nacional como entre militares pues la reflexión estratégica debe hacerse en el plano multidisciplinar; la perspectiva militar es importante pero no es en absoluto la única a considerar. Y recíprocamente, la perspectiva militar debe sumarse a otros análisis para completarlos y enriquecerlos con la mezcla de ideas, sin necesidad de que, por ello, ocupe un lugar preferente. Consecuentemente, el pensamiento estratégico debe ser construido en colaboración y en pie de igualdad con la Academia, y desde unas referencias diferentes a las ordinarias. Tal cosa requiere, para empezar siquiera, de mutuo conocimiento.

El pensamiento estratégico se encuentra íntimamente ligado a la excelencia intelectual. Así, el desarrollo de esta especial sensibilidad también se transforma en una necesidad estratégica. Ello requiere de educación, humanismo, tiempo y especialización, apertura de miras y capacidad de comprensión del entorno. En suma, de una profesionalidad y cualificación específica. Acometer tal empeño solo es posible mientras se disfruta. Es este, paradójicamente, un trabajo frío y desapasionado que, sin embargo, demanda pasión y entrega en su ejecución. Recordando a Confucio: «Trabaja en lo que te gusta y no trabajarás nunca».

Por lo expuesto, tales reflexiones deben ser una aportación española a la comunidad, una contribución y una referencia más al pensamiento estratégico global que no pretende desdeñar, suplir, confrontar o sustituir ningún otro, por la sencilla razón de que hay espacio para todos; y hasta se agradece. La confrontación nunca se encuentra en las ideas; si acaso, en la calidad de estas.

Ello requiere, como decíamos, de disponer también de medios propios para la distribución de ideas en la escala adecuada. Al mismo tiempo debe favorecerse la colaboración e interacción de nuestros pensadores con los de otros entornos culturales con vistas a que se tenga la debida referencia de la calidad de este. No hay razón alguna para complejos de ningún tipo y, en términos prácticos y por decirlo claramente —porque es lo que sucede— el nivel y calidad de lo expresado no se encuentra en relación directa

con el nivel de inglés de quien lo expresa, aspecto este, dicho sea de paso, en el que también convendría incidir por su carácter fundamental hoy en día en la vehiculación de ideas.

Esto no quita que nuestro país pueda ser —y de hecho lo está siendo ya— una suerte de *hub* intelectual aprovechando las dimensiones globales del español. Tal cosa debe extenderse aún más al ámbito de lo estratégico y alcanzar al pensamiento en grandes términos.

Ello ha de hacerse, lógicamente, con una particular consideración hacia Iberoamérica, que necesita ampliar las claves y referencias que habitualmente maneja. En el ámbito estratégico, la falta de intereses materiales españoles en la región contribuye a la mejor aceptación de sus propuestas ideológicas, con todas las facilidades que el idioma y una cultura común otorgan. Eso sí, evitando la arrogancia de tratar de ostentar liderazgo alguno. El empeño, a su vez, obliga a fortalecer la cooperación en este ámbito.

Han pasado 50 años ya desde la creación del Instituto Español de Estudios Estratégicos, por lo demás, una institución muy común en los países de nuestro entorno. Surgió entonces porque se percibió la necesidad de este tipo de estudios y la entidad que ha ido ganando ha servido para ratificar lo acertado de tal percepción.

Al fomentar esta sensibilidad atendiendo a tal propósito, se ha convertido en una suerte de faro intelectual en el ámbito de las Fuerzas Armadas. Es más, su trabajo ha permitido la formación de un importante núcleo de analistas muy comprometidos en la tarea, tendiendo, de paso, relevantes puentes entre el mundo militar y el académico.

Su papel, y el del CESEDEN en su conjunto, en la elaboración y difusión de un pensamiento español está llamado a ser capital, aunque solo sea por la multidisciplinaridad que cualquier estudio del siglo XXI demanda y el carácter de crisol con que de origen —y por vocación y cultura— cuenta el centro.

Su éxito se explica por el rigor, la profesionalidad y objetividad con la que afrontan su labor diaria en el marco exclusivo de sus competencias. De este modo el trabajo que desarrolla no solo es acertado y oportuno, sino que se sitúa en la vanguardia del mundo académico nacional; y que se presenta como fruto de una necesidad socialmente sentida que, superando clichés del pasado, cuenta con una demanda creciente en términos de calidad y cantidad.

Los retos, como puede verse, son ingentes, y los obreros, comparativamente, aún pocos para tan magno empeño.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos**
Analista del IEEE